

El mártir de una tiranía

Samuel Santana



Image not found.

Capítulo 1

El mártir de una tiranía
Samuel Santana

Título:

El mártir de una tiranía

Autor:

Samuel Santana

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro puede ser usada de manera mecánica, electrónica o por cualquier otro medio o vía, incluyendo fotografías, sin la debida autorización de su autor.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser distribuida, reproducida o transmitida en ninguna forma o medio, incluyendo fotocopiarlo, grabarlo o cualquier otro recurso electrónico o mecánico sin el debido permiso por escrito de su autor; con la excepción de simples citas puestas en análisis crítico y otras formas no comerciales permitidas por la ley de Derecho de Autor.

Contacto autor:

ssantana5@hotmail.com

También de Samuel Santana

Los carpinteros de Dios (2006)

Perfil de la iglesia evangélica en la sociedad (2009)

Marcados por la unción (2010)

El poder del sexo (2015)

I

-Don Eugenio, vaya a ver qué ocurre con su hijo.

-¿Dónde está él?

-En la casa de Lolo. Se ha trabado con Mario y Porfirio. Dese pronto porque el asunto va en serio.

Era un domingo en la tarde cuando los rayos del sol empezaban a bifurcarse por las montañas y cuando bandadas de garzas blancas volaban de regreso al palo de jabilla que estaba a orilla del arroyo. Un olor a café recién colado salía de entre las cocinas circundantes.

-Sal de ahí, desgraciado-gritó Porfirio-. Hoy te vamos a enseñar a respetar a los mayores y a no andar como un bandolero.

Sobre una mesa de tablones rústicos, hacía apenas unos minutos que Enrique Blanco y los dos hermanos habían estado tirando las barajas. Pero a Porfirio le pareció que Enrique había hecho una trampa.

Con el atuendo de misa y un sombrero de fieltro, don Ignacio, el viejo patriarca de la comunidad, se vio obligado a intervenir.

-Vamos muchachos del carajo-dijo-, déjense de pendejadas y váyanse a sus casas.

Para evitar una desgracia mayor, aconsejó a don Eugenio retener a Enrique hasta que la cólera se les pasara a los hermanos.

Para ese entonces, Enrique Blanco soñaba con entrar a las filas del ejército nacional. Y era tanta su aspiración que inventaba quepis de trapo, fusiles de palos y metralletas de peltre con su mira telescópica.

Un lunes de agosto, temprano en la mañana, don Eugenio partió con su hijo hacia la capital.

-Comandante, aquí le traigo este muchacho-le dijo el padre al coronel Pedro Estrella-. Se le ha metido en la cabeza ser guardia.

El oficial lo observó con una mirada profunda.

-¿Pues de suerte que eso quiere?-preguntó el coronel.

-Ya nos tiene al garete-dijo don Eugenio.

-Bueno, pues a partir de hoy ya es un guardia.

El coronel llamó al asistente a quien le dijo:

"Mayor, encárguese de este joven. Vamos a ver si de verdad da para esto".

Enrique pasó a formar parte del Quinto Pelotón. Y prestó tanta atención a las clases sobre el uso y manejo de las armas que sorprendió al instructor con las notas de nomenclaturas.

Durante las prácticas de tiro, le dieron cinco cartuchos 7,92 x 57 para que los usara en el Máuser Gewehr 98, de fabricación alemana. Fue tanto su acierto que el entrenador le entregó otros cinco cartuchos para descartar cualquier atributo a la casualidad. No falló un solo disparo.

-¿Y qué recluta del Diablo es este?-se preguntó el cabo.

Aunque en principio doña María Ubaldina reprochó al esposo por haber dejado al hijo en el cuartel, terminó por aceptar la decisión cuando, al cabo de unos meses, vio llegar al hijo con los botines de charol, las guantillas blancas y el uniforme color de olivo.

Cuando cumplió los seis meses de entrenamiento, a Enrique lo trasladaron a la comunidad de Monte Plata. En ese entonces las gentes estaban celebrando la fiesta al santo Juan Antonio de Padua. Por eso el camino principal había sido tomado por hombres que desfilaban en caballos de paso fino y que llevaban sombreros de ala ancha, camisas de rayas, botines con espuelas de bronce y un revólver incrustado en el cinto. Evocaban a los hateros que fundaron el pueblo durante la época del colonialismo. El lugar conservaba aún las casas con los portones de madera a la entrada, los vistosos jardines y los almendros de hojas plateadas.

El cuartel, que había sido levantado sobre pilotes de madera, pintado de verde encendido y ubicado en la entrada cabecera, tenía un arco triunfal y dos metralletas apuntando hacia ambos lados.

Un sargento mayor, quien respondía al nombre de José Angomás, fue quien recibió el telegrama a Enrique Blanco. La comunicación estaba cerrada con gutapercha y en la parte externa tenía el sello del comando central.

Al día siguiente de su llegada, el sargento puso de servicio al recluta en el Batey Luisa para que controlara los juegos ilegales, los incendios en los cañaverales, las rifas clandestinas, los pleitos repentinos en las fiestas y que terminaban con muertes a cuchilladas, los desórdenes que se producían en las filas de pago en las oficinas del ingenio y el robo a los bodegueros.

Acompañado de otro guardia proveniente de los lados del sur, a Enrique le encomendaron trasladar a la capital a cuatro individuos que habían sido

acusados de robar reses y caballos de paso fino. Cansados por las andanzas de los cuatreros, los ganaderos y terratenientes le habían hecho llegar la queja al general Rafael Leónidas Trujillo. El presidente dio orden de que atraparan a los delincuentes. Eso hizo que el cuartel en pleno se pusiera en movimiento.

A Enrique le dieron la misión de trasladar a la capital a los dos cuatreros. Un lunes en la mañana, atados con soga y alambre, él los montó sobre el espinazo desnudo de dos caballos y los echó por delante.

Al llegar a las inmediaciones del río Comáte, el guardia sufrió una especie de trance. Con el rostro adormilado, de repente se vio así mismo tumbado en el cuartel sobre un catre de campaña mientras unos seres con ojos quemantes como brasas lo miraban fijamente. Entonces escuchó una voz remota que le dijo:

-Lo que vas a hacer, hazlo. ¡Eres el escogido! ¡Eres el escogido! ¡Eres el escogido!

Levantó la cabeza y miró a los presos, al guardia y, luego, con las dos manos apretó el fusil. Había introducido el dedo pulgar dentro de la ranura del gatillo pero volvió a su estado normal. Sintió el pie izquierdo acalambrado y un sudor frío que le corría por el cuerpo.

Sin embargo, al llegar al río Yabaco le volvió lo mismo. Fue entonces cuando, en un furtivo movimiento, acomodó la culata del Máuser 98 en el hombro derecho y empezó a descargar tiros contra los hombres hasta derribarlos de las bestias.

Por el espanto, los caballos corrieron hacia los cañaverales.

-¡Ayúdame!-ordenó Enrique al compañero-. ¡Malditos delincuentes! No son más que unas ratas.

En silencio y ante las miradas de las gentes, los dos guardias iban por el camino con los cuerpos empapados de sangre y colgados de los lomos de las bestias.

Enrique fue recibido en la fortaleza por una comisión de oficiales que lo miró como alma que traía al demonio.

-Comandantes-les dijo-, estos malditos intentaron hacerme una mala jugada. Tuve que aplicarles la Ley de Fuga.

Sentado y cabizbajo en medio del salón, el compañero guardó silencio. Sólo le bastó la mirada escrutadora de Enrique.

-¿Y no dizque estaban atados?-preguntó un oficial al tiempo de hacer un intento por aclarar la garganta.

-Que va-respondió Enrique-, eso mismo creíamos nosotros. Pero los desgraciados, sin que lo sospecháramos, ya habían aflojado las cuerdas.

A los guardias lo sentenciaron a seis meses de prisión en la cárcel de la fortaleza. No obstante, la acción le ganó a Enrique reconocimiento en los cuarteles del país, entre los oficiales de las Fuerzas Armadas y entre los funcionarios del régimen.

No transcurrieron muchos días para que el compañero pidiera que lo trasladaran hacía el sur lejano.

-A ese hombre se le monta el Diablo-dijo a otro guardia en una cantina en la frontera-. El venía durmiéndose. Yo vi cómo se espantó y atenzó el gatillo.

Dijo que tenía los ojos como llamas y que los presos ese día iban tranquilos, aletargados por el hambre y con las nalgas empapadas de sudor de bestia.

-Debieron sufrir mucho-dijo-. Imagínese usted, a lomo de caballo y de tan lejos. Ese día yo presentía que algo iba a pasar. Me ha resultado difícil poder olvidar sus caras. Hasta las bestias sintieron algo raro. Usted sabe, los animales sienten más que la gente.

La historia llegó a Tamboril. Pero ni el padre ni nadie en la comunidad quisieron dar crédito a lo contado. Entre sus hermanos y desde pequeño, Enrique había sido servicial, de corazón fácil y, sobre todo, huraño.

II

El oficial del cuartel general puso a Enrique al frente de una patrulla. Pero era tanta su mala fama, que ya ninguno de los guardias quería estar bajo sus órdenes y, mucho menos, acompañarle en los servicios. Era considerado como uno a quien le seguían las desgracias. Con el paso de los días, él se tornaba cada vez más arbitrario, violento, repentista y con el humor contrariado.

Una tarde de mayo, ya próximo a oscurecer, había sorprendido en Manigua a un grupo de hombres jugando dados. Al apuntarles con el fusil, les ordenó que se treparan en la parte trasera del camión Land Rover.

Pero antes de cruzar el puente tendido sobre el río Brujuela, pidió al conductor detener el aparato. En medio de la oscuridad, Enrique se había sentado sobre las barandas y con los fusiles apuntando a las cabezas de los reos les dijo:

-¿Cómo quieren ustedes morir?

Aterrados, los hombres se arrodillaron e imploraron al guardia que se compadecieran de sus familias.

-Bah, no son más que unos pendejos- dijo-. Voy a contar hasta cinco y no quiero ver a uno solo de ustedes frente a mí.

Trastabillando, parándose y cayéndose, los hombres se fueron corriendo por entre los matorrales.

A final de un noviembre caliente entró con su tropa al pueblo de Boca Chica. En el burdel El Puerto jaló una silla y se sentó en la cabecera de una mesa azul. Para ese entonces, los moradores de la comunidad celebraban la fiesta a San Andrés, el santo patrón. Esa tarde, un olor a aguardiente y a fritanga revuelta en aceite quemado se mezclaba con el salitre de la costa.

Mujeres con disfraces de brujas, de zombis y de diablos cojuelos caminaban por la calle principal dramatizando la resurrección y el escarnio de los demonios en el infierno. El sonido de los atabales y de las trompetas de estaño se escuchaba por todas partes.

En el ambiente, los ojos de Enrique se fijaron en la camarera de pecho abultado y que servía con una falda a mitad de piernas y una flor rosada prendida en el pelo rizado. Tenía las mejillas embadurnadas de harina de polvo, los labios pintados de carmesí, las pestañas azabaches levantadas y las uñas barnizadas de un rojo intenso.

-Señorita-le dijo-, ¿me acompaña?

En ese instante, rodeado por una bandada de gaviotas cenizas y alas blancas, pasaba un mercantil con proa hacia el horizonte azul y las hojas de los almendros se movían de un lado a otro, abatidas por la brisa salada del mar.

Enrique miró otra vez a la joven. Se levantó y se dirigió hacia ella.

-¿Bailamos?-volvió a preguntarle.

-Lo siento, señor-le respondió ella-. Ya no puedo, estoy indispuesta.

No conforme con la respuesta, la siguió con la mirada. En un rincón del salón vio que ella le sonrió a un hombre vestido de blanco y con los dedos llenos de anillos de plata. Dando traspiés y tropezando con las mesas, caminó hacia ellos.

-¿De suerte que usted no puede bailar conmigo, señorita?-le preguntó.

-Señor, déjela en paz-le dijo el hombre con voz fuerte.

-Amigo, tranquilo. Me parece que el asunto no es con usted.

-Entiendo que ella ha sido clara.

Sofocado por el intruso, Enrique intentó derribarlo de un golpe en la mandíbula pero el puño flotó en el aire en un círculo cerrado. Instantes después, fue él quien sufrió un puñetazo en la boca del estómago.

Aturdido y sintiendo que se había deslizado por un túnel de tinieblas, desenfundó el revólver calibre 38 y lo montó hacia la frente del hombre.

Espantada, la muchedumbre se dispersó por los callejones mientras las balas desbarataban las botellas, los vasos y abrían huecos en la techumbre y en las paredes de tablones.

Pero en lugar de acobardarse, el hombre atinó a clavarle a Enrique un puñal en la clavícula izquierda.

Josefa, una mujer que hacía mucho había llegado al pueblo para trabajar en el ingenio como conserje, fue alcanzada por una de las balas.

Al día siguiente, los obreros del ayuntamiento tuvieron que ocuparse en retirar el reguero de basura y los pedazos de vidrios.

El informe médico emitido por el hospital público indicó que la bala le había penetrado a la señora por el abdomen, alojándose en la pared posterior, a nivel de las vértebras lumbares y suprarrenales.

En un espacio abigarrado y sofocante, a Josefa la velaron en su casa ya carcomida por los comejenes y dañada por el óxido adherido al zinc.

Después del entierro, una turba encolerizada rodeó el destacamento portando machetes, cuchillos y garrotes. Pedían a voz en cuello la entrega del asesino. Esto hizo que el oficial de turno llamara al cuartel general para que le enviaran un refuerzo bien armado.

-Señores-dijo el coronel Aponte-, la jefatura les promete que esto no quedará sin justicia, sino que habrá una exhaustiva investigación. Tengan por seguro que el culpable sufrirá una fuerte condena por parte de los altos tribunales. Sólo les pedimos tener paciencia y permitirnos hacer nuestro trabajo.

Sin embargo, a pesar del discurso, la comunidad se cerró en luto, los negocios de placer no abrieron sus puertas y las mesas de fritangas fueron arrinconadas.

En el lugar donde cayó abatida la mujer, Inocencio, el hijo mayor, clavó una cruz blanca y puso una corona de gardenias con un cintillo negro. Y

en las esquinas de las calles prendieron velones y en las paredes de los terrenos baldíos escribieron letreros pidiendo justicia.

A Enrique lo trasladaron a la fortaleza Torre del Homenaje, más para cuidarlo que para condenarlo.

Tumbado sobre un catre de campaña, el guardia pasaba los días mirando las barcas, las fragatas, los trasatlánticos, los cargueros de Medio Oriente y los cruceros que entraban y salían por el puerto de San Souci y que, remontándose a través del Ozama, ponían proa hacia las Américas y hacia el mundo antiguo. De vez en cuando le parecía que los marineros lo miraban a través de los barrotes y él les hacía la señal de bienvenida cuando entraban y de adiós cuando se iban.

Para ese entonces se rumoró que el presidente de la República, el general Horacio Vásquez Lajara, quería quedarse en el poder. La intención molestó a una parte de los oficiales de las Fuerzas Armadas. Altos mandos militares empezaron a reunirse en secreto y llegaron a la decisión de dar un golpe de Estado.

Solo cuando ya no había tiempo para planificar alguna maniobra de contrainsurgencia, fue que al general le informaron de la existencia de un grupo de rebeldes que se había levantado en la ciudad de Santiago y que ya estaba a punto de entrar a la capital.

Aturdido por la noticia, el presidente hizo llamar a su despacho al coronel Rafael Leónidas Trujillo. Le pidió encargarse de usar lo que fuere para contrarrestar a los rebeldes, juzgarlos y someterlos al orden reglamentario.

Cuando el 26 de enero del 1930 los insurgentes llegaron a la capital, lejos de enfrentarse a una oposición, lo que encontraron fue un ambiente propicio para sus planes.

Rafael Leónidas Trujillo Molina, quien tenía el rango de teniente coronel y que ocupaba la posición de jefe de Estado, no sólo había dejado el camino abierto a los revoltosos, sino que él mismo había sido el ideólogo de la acción.

Bajo la justificación de evitar un derramamiento de sangre en el país, el presidente Horacio Vásquez abandonó la presidencia, abriendo la oportunidad para que en la nación se celebraban ese mismo año nuevas elecciones.

Fueron estos acontecimientos los que llevaron a tomar en cuenta al militar que estaba preso en la cárcel de la Torre del Homenaje. Aunque sólo llevaba un mes allí, el coronel Pedro María Estrella dio orden de que pusieran en libertad al raso Enrique Blanco.

Más tarde, fue trasladado a la Décimo Séptima compañía del Ejército Nacional.

Se le designó a un servicio en la casa de un funcionario del régimen, pero en una de las rondas, el cabo supervisor no lo encontró. En la investigación determinaron que había abandonado el servicio para irse detrás de una mujerzuela que había conocido en el parque un domingo en la tarde y que lo había invitado a su alcoba de placer que estaba en un callejón de mala muerte en un barrio de la parte alta de la capital.

Ante el cumulo de faltas en la hoja de servicio, que incluyeron participar con el uniforme en juegos ilegales, embriagarse en los burdeles y escenificar escándalos públicos, Enrique no fue reenganchado. Fue así como un día, vestido de civil y con un morral azul a cuesta, llegó a su casa un viernes en la tarde.

III

A un año del general Rafael Leónidas Trujillo haber tomado las riendas del poder en el país, Enrique Blanco reingresó al ejército gracias a la admiración que le habían profesado varios altos oficiales quienes sabían de su historial de militar duro.

Para ese entonces, ya se había producido dentro de las Fuerzas Armadas un ambiente muy delicado.

Aunque tenía poco tiempo en el poder, Trujillo se había ganado la animadversión de muchas personas y de muchos sectores en el país. Su régimen empezaba a caminar sobre brasas calientes.

Con sigilo y discreción, a Enrique lo llamaron para pedirle que formara parte de un grupo de militares que había planificado darle la presidente de la República un golpe de Estado.

La ambición de poder que había entre todos, contrastó con el estilo de un Presidente afanado en el culto a su persona y que, peor aún, había sembrado el terror entre los militares con los traslados repentinos y decisiones arbitrarias.

Lo cierto era que, lejos de hallarle el talón de Aquiles, Trujillo lucía cada vez más poderoso e imbatible. Por un tiempo intentó calmar a los oficiales mejorando las condiciones en los cuárteles y otorgando ciertos beneficios. Durante su vida, el tirano había llevado una trayectoria peligrosa. Antes de ser miembro del ejército, él había sido cuatrero, falsificador, ladrón y jefe de una banda que en la época sembraba el terror en las calles. Sus logros en la vida habían sido pírricos. Entre los puestos de trabajos que ocupó figuraron el de telegrafista y guarda campestre en la industria azucarera. Y ya con el rango de teniente, fue sometido a un consejo de guerra por violar a una menor en unos matorrales.

El plan para el golpe de Estado consistió en separar al Presidente de su escolta durante la visita de inspección que haría al cuartel general de la Fortaleza Ozama.

Sin embargo, a los complotadores pareció olvidárseles que los ojos y oídos del tirano estaban donde menos se podía pensar. En un movimiento repentino, a los oficiales los trasladaron a lugares donde fueron torturados, masacrados y asesinados. Dispusieron de sus cuerpos arrojándolos al fondo del mar y deslizándolos por furnias tenebrosas. Ya el régimen contaba con unos verdugos que se habían hecho expertos en el crimen y en torturas terribles y bárbaras.

Ese funesto día, Enrique tuvo la suerte de no ser apresado por haber estado de servicio fuera del recinto. Pero al llegar, notó el ambiente enrarecido. Caminando con sigilo llegó hasta el cocinero de servicio.

-¿Qué está pasando aquí-le preguntó visiblemente inquieto-.

-No se mueva mucho-le dijo el asimilado-. No hable nada y desaparézcase lo más pronto posible porque a usted también lo andan buscando. Las

cosas se han puesto como color de hormiga. Muévase. Escóndase donde pueda. El jefe anda por ahí, picado por el mismo Diablo y daría lo que no tiene por tropezarse con usted.

Intentando calmar los nervios, Enrique se fue a Ciudad Nueva donde entró a un burdel y pidió una botella de cerveza. Mientras pensaba en lo peor, el sudor le corría por el cuerpo. Sabía que si había ocurrido lo que él sospechaba, entonces sus compañeros debían estar viviendo un infierno. No había trascurrido mucho tiempo cuando, de pronto, sintió una mano que le tocaba la espalda.

-Enrique-le dijo un oficial-, te andamos buscando.

-¿Qué quieren?-le preguntó en un tono seco y áspero.

-El coronel desea verte.

No ofreció resistencia sino que se embicó un último trago y, luego, con el dorso de la mano derecha se limpió la boca. El propietario del bar, con los ojos abotagados, contempló con preocupación a su cliente.

Al salir del lugar, Enrique tropezó con el pregón del carbonero, del frutero en el triciclo, del piragüero en la carreta, del amolador ambulante, del pedigüeño de la esquina, de la guagua anunciante de la pomada para juanetes y con el borboritar de una ciudad encadenada a un destino fatal. Era un lunes en la canícula de agosto.

-Adelante-le dijo al oficial en plena calle.

Sintiéndose acorralado y con la muerte a punto de darle un zarpazo, a Enrique le surgió una idea mientras caminaban. Al aproximarse al lugar donde vivía, que era una pieza abigarrada cerca de la fortaleza, pidió al oficial que le permitiera ponerse el uniforme para presentarse en forma reglamentaria ante su jefe. Pero una vez dentro, empuñó el fusil, lo recargó de balas y se tiró por la parte trasera. Después de aguardar un tiempo, con la paciencia agotada y aturdido por el calor del día, el oficial lo llamó. Ante el silencio e impulsado por una corazonada, decidió echar abajo la puerta. Pero ya en el interior, vio la ventana de par en par y sintió una bocanada de viento saturado de las pestilencias de los callejones.

-¡Maldita sea!-dijo.

Acezando como perros perseguidos, llegaron a la fortaleza donde le contaron al coronel lo que le había sucedido.

-¡Rayos!-exclamó el alto oficial-. ¡Diablos! Ustedes no son más que unos buenos para nada. ¿Cómo es posible que lo hayan dejado escapar, coño? ¿Qué hacen ahí parados, partida de ineptos?

Aunque requisaron toda la zona y los contornos punto por punto, todo fue inútil.

Con el fusil empuñado, Enrique atravesó de manera apresurada potreros, arroyos, ríos, cerros, caminos vecinales, callejones, vericuetos, empalizadas, zarzales, conucos y montañas. Lo perseguía tenazmente la imagen de sus compañeros atrapados por las garras del régimen. Le parecía oírlos gritar ante las tenazas ardientes, los manoplazos, las bofetadas y el desgarramiento de los miembros y piezas del cuerpo. A la altura de el Valle de los Muertos sintió la brisa del norte que, a su

paso, sacaba un silbido quejumbroso al rozar con las frondas de los encrespados pinos.

En un conuco sembrado de plátanos, yuca, maíz y tabaco, vio un rancho de tablones y yagua al que entró por la puerta lateral. Había un hombre sentado en la cabecera de una mesa. Al mirar al extraño con el arma al frente, dio un salto de espanto.

-No se preocupe-le dijo Enrique-. Sólo quiero comer algo y pasar la noche. Al aplacarlo, puso el morral a un lado y se acomodó en un rincón atestando la silla contra la pared de madera.

-¡Antonia!-llamó el hombre.

En seguida, una mujer regordeta, de piel morena y con un paño de colores sobre la cabeza, le respondió.

-Sancocha un par de plátanos y asa dos cabezas de arenque.

Bajo un cielo de nubes oscuras y cargadas, se escuchó el aullido remoto de unos perros y el revolotear de un querebebé solitario.

-Mi madre siempre nos decía que los perros ladran en la oscuridad cuando sienten ánimas en pena-dijo el dueño del rancho.

-Parece que no ven cosa buena-contestó Enrique mientras estudiada las trancas de las puertas.

-Escuché decir que su cabeza vale mucho. Eso han avisado por estos contornos y todo el mundo lo sabe.

-Este país se ha convertido en una mierda. Trujillo es tan malo como el demonio. Es un asesino. Mi padre me puso su nombre cuando nací pero me lo quitó. No quiero que me confundan con un ladrón, una lacra, un ratero y jefe de gavillas.

Sobre el techo empezaron a sentirse los goterones de una lluvia que apuntaba a ser grande, la humedad había penetrado por los orificios de la madera y la oscuridad se sintió densa al tiempo que un viento recio roncaba en el patio.

Una hora más tarde, y acomodado sobre el soberado, con el morral de cabecera y el fusil contra el pecho, Enrique pidió al hombre que dejara entreabierta la puerta de la sala.

Al filo de la media noche, sintió un ruido por el lado de los pies.

Incorporándose poco a poco, ubicó el punto del sonido. Entonces, levantó el fusil y tiró un golpe con la punta. De pronto, escuchó el grito desesperado de una rata. Las gotas de sangre le tiñeron el pantalón de caqui.

No habían pasado mucho tiempo cuando Trujillo, al enterarse del escape, ordenó al ejército atrapar al fugitivo. La acción se había convertido en un desafío que el régimen no estaba dispuesto a tolerar ni pasar por alto. El tirano sabía que, de prosperar, sería un ejemplo peligroso para todo el país y para los mandos militares.

Desde entonces, apostados en lugares insospechados, agentes disfrazados de paisanos con sombreros de fieltro, lentes tinieblas y camisas con pájaros de colores vigilaban la casa paterna a plena claridad de los días y durante la oscuridad de las noches.

Don Eugenio fue el primero en ceder a la presión. Una mañana,

acompañado del alcalde José Blas, hizo entrega del fusil y del revolver al coronel Luis Santiago, comandante de la fortaleza de Santiago. Estaba empeñado en aplacar la furia del régimen.

IV

En el mes de septiembre los aguaceros habían arreciado, los ríos salieron de madre, las jaibas y los camarones buscaron las orillas, huyendo de las corrientes violentas y caprichosas; el canto de los gallos partía el silencio; las neblinas grisáceas, que se habían posado sobre las copas de los árboles durante la noche, empezaban a disiparse con las primeras hebras del sol; una bandada de garzas atravesaba las montañas de sur a norte; en los montes, era intenso el verdor; y sobre las palmeras, las ciguas entretejían nidos y de día cargaban en el pico ramitas secas; sobre los elementos, una Maura sobrevolaba, un cernícalo acechaba su presa desde el cogollo de una guama; y, más allá, aferrado a los troncos, un carpintero construía un hueco para alojar sus pichones, levantaba la cabeza y daba fuerte sobre el lomo del árbol con su pico duro; ocultas en la densidad de la yerba, varias lechuzas permanecían amodorradas a la luz del día y, en las noches, salían a cazar con sus oídos aguzados y sus ojos incandescentes; en la orilla del arroyo, un ricongo acechaba con paciencia las biajacas; cinco puercos cimarrones comían de las palmeras; y en la cima se escuchaba el canto de las guineas y cuervos al sentir la llovizna mansa.

Entretanto, Enrique Blanco, con el macuto sobre los hombros, deambulaba por los picos de las lomas. Desde pequeño había conocido ese escenario, cuando salía a cazar pájaros, a buscar las vacas de ordeño y a marotear las frutas silvestres.

Ahora, en su condición de fugitivo, una cosa le preocupaba: estaba desarmado. Sabía que era una locura moverse a cualquier parte sin nada con que defenderse, cuando era el blanco de una tiranía que se había propuesto no descansar ni un solo instante hasta dar con él.

Mientras merodeaba en las inmediaciones de la carretera Duarte, amparado por la negrura de la noche, escuchó que había algo dentro de unos matorrales.

Caminó despacio hasta lograr acercarse lo más posible. Fue entonces cuando vio a un hombre sobre una mujer. Aferrada a la cintura, como una gata, y con las plantas de los pies hacia arriba, la mujer dejaba escapar unos suspiros profundos y cadenciosos. Enrique, al escudriñar mejor el entorno, descubrió que a pocos metros de la pareja, había un revolver calibre 38, cañón largo, dentro de un cinto lleno de balas de plata y de cobre. En un santiamén dio un salto y se apoderó del arma. Cuando el policía reaccionó, ya era muy tarde.

-Tranquilo-le dijo Enrique apuntándoles con el cañón-. Sigán la fiesta y despreocúpense. Háganse de cuenta que aquí no ha pasado nada.

La noticia corrió como pólvora por los cuarteles de la policía y del ejército. Oficiales ordenaron redoblar la búsqueda y dar con el fugitivo, vivo o muerto.

Con la presencia permanente de policías y miembros de las Fuerzas Armadas camuflados, el padre de Enrique volvió a sufrir una crisis.

Empezó a caminar por la casa pronunciando un sartal de palabras que nadie nunca acababa de comprender.

Y a modo de presionar más, de vez en cuando, los esbirros habían apresado a algún miembro de la familia a quien llevaban al cuartel de la ciudad, donde lo masacraban.

V

Julio Antonio Blanco, hermano de Enrique, hacía mucho que había estado trabajando en la finca del general Rafael Leónidas Trujillo. El era quien domaba y aparejaba los caballos que el tirano usaba para sus paseos.

-Don Julio-le dijo el dictador- trate usted de hacer que Enrique desista de su locura.

-Mi jefe-le respondió-, perdóneme, pero no seré yo quien lo entregue al ejército.

La seca respuesta tuvo un alto precio. El tirano dio orden de que lo fusilaran. Y para que todo el mundo supiera que el régimen estaba en serio, los esbirros tomaron el cadáver y lo montaron sobre el tocón de la mata de mango que estaba frente a la casa.

A partir de ese momento, a don Eugenio hubo que encerrarlo en un cepo y atarle los pies con cadenas. Pero era solo el inicio de una represión brutal y angustiosa. Cuarenta y un miembros de la familia fueron encerrados en la comisaría y en la Fortaleza San Luis.

Una tarde, cuando tomaba un jarro de café caliente, contemplaba las gallinas que rebuscaban lombrices y migas en el patio, María Bienvenida vio a cuatro hombres penetrar a la casa por la puerta de madera que estaba de cara al camino real.

-Acompáñenos-le dijo uno de ellos, quien resultó ser un suboficial del ejército.

Por un instante ella intentó forcejear, pero se convenció así misma de que sería inútil. Sin ninguna explicación, los individuos la obligaron a abordar el automóvil, estacionado a solo unos cuantos metros más abajo de la casa, y se sorprendió al ver que Ramón Eugenio, su hermano, estaba dentro.

-¡Ay hermana!-le dijo él al tiempo de tomarla por la mano derecha para ayudarla a entrar al aparato.

Después de haber hecho un recorrido, en las inmediaciones del kilómetro siete de la Carretera Duarte, el oficial dio orden al conductor de parar el vehículo.

-¡Bajen!-ordenó a los pasajeros.

Un guardia puso a don Ramón al frente y pidió a los militares apuntarle en la frente y el pecho con los fusiles bien cargados.

Doña María intentó evadir la realidad tapándose el rostro con las palmas de las manos y cerrando con fuerza los ojos.

-¡Ábralos coño!-le gritó el oficial.

Pronto se escucharon las detonaciones. Las descargas destrozaron los órganos de la cara y la sangre empezó a brotar del pecho como el agua de un manantial.

Temblando, pálida y habiendo perdido el control de los nervios, la hermana del muerto acribillado empezó a llorar con las rodillas puestas en

el suelo y con los brazos abiertos. Buscaba la compasión en unos corazones duros como el pedernal.

Los asesinos regresaron a las casas de los otros hermanos donde destruyeron sembrados, cargaron en un camión los animales y los chécheres e incendiaron los pajales y las enramadas. Sólo los hijos escaparon al siniestro por encontrarse en la escuela. Los perros se desperdigaron por los montes.

“No vuelvan a sus casas”, les advirtieron los maestros a los niños.

Los sicarios hicieron llegar a los familiares el sombrero, la cédula y los zapatos de don Ramón. Buscaban que no existiera la menor duda sobre la seriedad con que andaba la caravana de la muerte.

VI

En la Provincia de Pedernales, bajo un sol de verano que producía un resplandor metálico, la gente compraba y vendía en el mercado salpicado por la brisa de mar.

Julio Antonio Sosa Blanco, sentado bajo una caoba antigua próxima a la bahía, había estado mirando a los pescadores que llegaban en los botes con las redes recogidas y los ensartes de peces colgados en la proa. Pero, de pronto, el silencio se rompió con la voz del sargento de guardia.

-Debe usted presentarse lo más pronto posible ante el coronel-le dijo el suboficial.

Ajeno a lo que había de depararle la vida, el raso atravesó las calles polvorientas del pueblo en dirección al cuartel general.

-Ordene y mande, jefe-le respondió al alto oficial.

-Cierre la puerta-le ordenó el coronel-. A partir de ahora le encomiendo una gran misión. Como usted bien sabe, los militares nos debemos sólo a la patria y al debido cumplimiento del deber. Su hermano ha traicionado el uniforme, al superior gobierno y a la nación. Usted es la pieza clave para dar con él. Sólo le pido encargarse de traerlo. ¿Me entiende?

-Perdone mi jefe-le respondió el raso-, pero no puedo hacer eso.

Entiéndalo, es mi hermano, de padre y madre.

El coronel, arrellanado en su sillón de cuero, con el retrato del presidente de la República sobre la pared que daba a su espalda, dejó caer con fuerza el puño sobre el escritorio.

-¡Que hermano ni hermano del carajo! Usted es un soldado de la patria. Haga lo que le ordeno y punto.

No lo hizo, pero días después, apareció muerto. Los asesinos lo colgaron con todo y uniforme sobre uno de los árboles de las casas contiguas a la paterna. Aunque lo habían acuchillado en otro lugar, en la noche habían trasladado su cadáver.

Los verdugos no daban tregua. Ya quedaban pocos miembros en la familia. Pero era solo cuestión de tiempo para que todos desaparecieran. No había seguridad ni garantía para nadie y el terror era cada vez mayor. No bien habían terminado de llorar a un muerto cuando ya aparecía el otro, acuchillado, fusilado, ahorcado o destruido a garrotazos.

En su estado de locura, unos hombres se llevaron al padre de Enrique a Puerto Plata donde lo mataron a tiros y a puñaladas. Luego, tomaron su cadáver y lo arrojaron al fondo del Mar Atlántico, atado de pie y de mano.

Solo había desolación. La que una vez había la casa alegre, con las risas cándidas de los niños que correteaban por el patio, subiendo y bajando por los árboles frutales y perdiéndose entre los jazmines blancos y olorosos, quedó convertida en lugar fantasmal.

VII

Ladeando montañas y atravesando ríos, Delfín Álvarez era el único que sabía donde estaba Enrique Blanco.

-Te están acabando la familia-le dijo.

-No son más que unos hijos de putas-respondió-.

-Enrique, no te hagas ilusiones. ¿Por qué no terminas con esto? Mira, lo mejor es que te entregues. Yo sé que te reintegrarán y empezarás una vida diferente. No ves que esto ha ido muy lejos. Ya no tienes familia. Tú estás solo. No podrás contra todo un ejército ni contra un régimen tan despiadado como el de Trujillo. Hay enemigos por todas partes, aún debajo de las hojas. Entiéndelo.

-Delfín, sé que eres mi amigo, pero no me hables de eso por favor. Ya no me importa nada. ¡Maldita sea! Te diré algo, la muerte de mi padre no quedará así. ¡Desgraciados! ¿Qué tenía él que ver con esto? Es sólo conmigo.

Con un pedazo de trapo lleno de polvo, intentó secar los goterones de lágrimas que se habían mezclado con el sudor aceitoso.

-Algún día Trujillo y esos azarosos se pudrirán en el infierno. ¿Dónde están los hombres de este país? Esto se ha vuelto una porquería. Nos van a matar a todos. Si no es de una manera, será de otra. Pero yo no me entregaré. No tengo miedo. Nadie me detendrá.

Hizo una pausa y con la punta del puñal intentó abrir una lata de sardinas que había sacado del macuto.

-Delfín, necesito un par de zapatos. La humedad ha jodido estos. Tengo los pies llenos de niguas.

-No sólo zapatos, Enrique, todo lo que tienes puesto son puro trapos. Por la boca de la cueva, camuflada con pajones y arbustos, se metió una brisa fría. En la superficie, sobre las copas de los árboles, se había escuchado el canto de las aves y las pisadas pesadas de los animales.

-¿Enrique, tú piensas que podrás resistir por más tiempo?

-No sé. Sólo te pido que cuando vuelvas no te olvides de los zapatos y de traerme, además, un par de velas.

VIII

Cuando la noche había caído, exhausto y cansado, Enrique llegó de manera escurridiza a la comunidad de Don Pedro. Tenía varios días caminando sin parar.

Bordeando la casa de su tía, con el sigilo de un animal de caza, tiró una piedra sobre el techo de zinc y, luego, se ocultó entre las ramas del cafetal y bajo las frondas de las guamas y de los mangos.

La vieja Luisa estaba sentada en su mecedora de guano.

-¿Tienes café?-le preguntó él por entre los ramos y a cierta distancia.

-¡Enrique!-le dijo ella de manera sorprendida.

-Tranquila.

Hacía tres meses que no se veían.

-¿Dónde está Baldomero?-le preguntó él.

-No está aquí-respondió ella-. Se fue a la fiesta del Cajuil. Pero anda, toma el café antes que se enfríe.

-¿Entonces hay fiesta esta noche?

-Como todos los años.

-Necesito un trago.

-Baldomero te lo traerá. No conviene que te asomes. Tú sabes que te buscan como aguja en un pajar.

-Hace mucho no que no bailo.

Esa misma noche, en el firmamento no se había vislumbrado una sola estrella. Lo único que se veía en el entorno era el zigzaguo de las luciérnagas y el resplandor remoto de las lámparas de gas en los ranchos construidos en la falda de las montañas.

Bordeando los caminos con cuidado, Enrique Blanco llegó al Cajuil. Pasó por centro del salón de baile y se paró frente al mostrador. Ante la mirada de los curiosos, empezó a tomar ron de caña. Con los ojos encandilados como un gato salvaje, estaba atento a todos los movimientos del lugar. Quienes lo recordaron en esa ocasión, afirmaron que, más bien, pareció un demonio.

-¡Ya paren esa maldita música!-dijo repentinamente.

Era un merengero que el compositor Níco, en honor al general Rafael Leónidas Trujillo, había estado tocando con el acordeón.

-¿Por qué pararla?-preguntó uno de los hombres.

-Porque Trujillo no es más que un asesino y un hijo de puta.

-Usted sí que está en mal lugar, caballero-le respondió el hombre-, pues aquí todos somos trujillistas.

Con el puñal en las manos, Enrique dio un salto y se plantó en medio del salón de baile. Al intentar desarmarlo, Lolo y él se trabaron en una lucha tenaz. Pero, de repente, un grito se escuchó.

-¡Han matado a Lolo!-dijo alguien.

La gente intentó apresarlos, pero Enrique sacó el revólver Smith and Wesson y empezó a disparar por todas partes. Cuando una de las balas alcanzó a Grasita, él tomó, entonces, el puñal y acuchilló a don Lázaro y a doña Carmita. Luego se marchó.

Dando tumbos por el camino y con la ropa ensangrentada, intentó llegar a la casa paterna.

-¡Enrique!-gritó Leopoldo-, entrégame las armas. Iba seguido de Baldomero y otros amigos más.

Leopoldo lo tomó por el brazo pero, al sacudirse como un toro salvaje, ambos cayeron al suelo.

Esa noche, miembros del ejército, bajo el mando del capitán Andújar, rodearon la casa de Baldomero y de doña Luisa.

-¿Dónde está Enrique Blanco?-preguntaron.

Como las puertas estaban aseguradas con las trancas, los militares habían intentado romper los techos de palmas a puros bayonetazos y mientras los niños temblaban de pánico. Al entrar, sacaron del aposento a culatazos a don José María Blanco.

Lo llevaron a la Fortaleza San Felipe de Santiago, pero permaneció allí poco tiempo. Sin que nadie sospechara nada, lo sacaron y lo acribillaron a media noche.

Baldomero Blanco, primo de Enrique, corrió la misma suerte. Antes de su muerte, lo metieron en un cuarto lleno de heces fecales y, aparte de no darle comida ni agua, lo torturaron con macana, látigo y cubetas de agua.

IX

En Cité Soleil, zona fronteriza de Haití, una brisa caliente levantaba el polvo de los caminos. Fue allí donde una mañana, Enrique Blanco visitó a un Papa Boco. Vivía en una casa construida con caliche blanco y cubierta con zinc.

Con un túbano en la boca, el brujo saludo al visitante con las manos entrecruzadas.

Enrique había oído hablar de él, que hacía trabajos seguros, que era usado por seres poderosos y que había nacido sin hueso en una pierna, lo cual era una señal de sus virtudes y misión.

En el cuarto de consulta había una mesa llena de velones, de santos y de pañuelos de colores. A un lado estaba la campanita para la invocación a los seres y una botella de damajuana. Lo que más le llamó la atención a Enrique fue el libro con la imagen de una cabra con cabeza de hombre.

-¿Qué deseas?-le preguntó el brujo.

-Necesito una buena preparación-le respondió Enrique.

El hombre sacó de un arcón un pote con una sustancia verdosa y le ordenó que se la tomara. Luego, le ató en la cintura una cuerda negra. Finalmente, pronunció una letanía indescifrable y le hizo la señal de la cruz en la frente.

Enrique había recorrido un trecho del camino cuando decidió regresar donde el brujo. Al verlo nueva vez le preguntó:

-¿Quién puede ahora contra mí?

-Nadie-le respondió el adivino-. En esta vida solamente hay dos seres que pueden contra usted.

-¿Quiénes?-volvió a preguntar Enrique.

-Dios y yo.

Al oír la respuesta, el visitante sacó el revólver y le dio un tiro a quemarropa. En principio, el gurú duró parado unos instantes pero terminó por desplomarse al suelo donde se retorció como una culebra. Desde entonces corría en el país y en los cuarteles la versión de que Enrique era capaz de convertirse en gato, en vaca, en chivo, en tocón, en burro, en araña, en ciempiés, en jaiba, en camarón, en caimán, en culebra y que aparecía y se desaparecía delante de las personas.

X

-Señor, ¿qué lleva usted ahí dentro?-le preguntó a Enrique un guardia que no lo reconoció a simple vista.

-Nada. Sólo baratijas-le respondió.

-Me parece que hay algo-le dijo el guardia-. Ese macuto se muy abultado y pesado.

-Jefe, le digo que es pura chuchería.

-Pues, entonces, déjeme verlo-insistió el guardia.

Enrique Blanco metió la mano, sacó el revólver y le apuntó en la frente. El proyectil atravesó la cabeza el militar.

Al recibir el cadáver en un catre tapado con una sábana blanca, el comandante de la fortaleza se llenó de rabia y juró por su propia madre que no descansaría hasta acabar con el fugitivo.

“Ya está bueno, coño”, dijo.

En ese entonces, el ejército contaba con un sargento de tamaño muy grande, de carácter rudo y quien todos llamaban con el nombre de Laureano. Con sus manos de gigante, los músculos de marinero y el pecho de gladiador se había hecho experto en diferentes métodos de hacer torturas.

Bajo la promesa de un ascenso, si tenía éxito en capturar a Enrique Blanco, el comandante del ejército lo mandó a buscar con dos de sus soldados.

Con los fuertes aguaceros de la noche, el agua corría a raudal en los ríos y en los caminos se habían formado charcos de agua que, al contacto con la luz de la mañana, brillaban como piedras preciosas. Sobre una cayena, un colibrí volaba tocando con su pico el polen amarillento.

Cansado y transido de hambre, Enrique bajó a la ciudad donde, al atravesar el parque, llegó hasta una señora que vendía longaniza, yuca sancochada y plátanos fritos.

“Mira qué cosa tiene la vida. Yo que ando buscando a Enrique Blanco”, escuchó que le dijeron por detrás y muy pegado al oído.

-¿Y qué quiere usted con él?-le preguntó Enrique.

-Pues que me demuestre si de verdad es un hombre.

No bien había terminado de hablar el sargento Martínez Laureano cuando ya tenía el cañón de un revólver apuntándole a las cejas.

-Si de verdad usted valiera la pena-dijo Enrique-, ahora mismo lo rellenaría de plomo. Pero no merece siquiera una bala.

Las gentes, que habían estado mirando el incidente con pánico, se recogieron y empezaron a retirarse presintiendo lo peor. Sin quitar la vista, el sargento fue retrocediendo y cuando ya estaba a cierta distancia, decidió correr. Antes de doblar la esquina Enrique le disparó. En su desesperación el sargento dejó caer el sombrero pero no volvió a recogerlo.

Al sargento Martínez Laureano la jefatura no solo lo sancionó, sino que lo degradó llevándolo al rango de cabo.

El sábado siguiente, Enrique entró a una bodega donde poco después penetró una patrulla del ejército.

-Hemos oído que Enrique anda por estos lugares-preguntó un oficial-. ¿Alguien puede darnos alguna información?

-Todo cuanto sabemos, señor, es que él está en la capital-contestó el fugitivo en tono burlón y desafiante.

-Enrique, es a ti a quien buscan-respondió una mujer que estaba sentada frente al mostrador.

-No señora-contestó el capitán-, es a Enrique Blanco a quien deseamos ver.

-¿Pero acaso hay otro?-replicó ella.

Mientras el oficial hablaba con la mujer, Enrique empezó a caminar despacio hasta salir del local.

Para ese entonces, Ángel María de la Rosa era tenido como uno de los soplones grandes del régimen. Apenas Enrique pasaba por un lugar y ya el ejército lo sabía. Publicaba un pasquín en el que decía que el fugitivo era un ladrón, un asesino y un rebelde. Pero un día, sin proponérselo en la vida, él se encontró frente a frente con Enrique. Sin pérdida de tiempo, el fugitivo lo agarró por el cuello y empezó a apretarlo hasta casi asfixiarlo. -¡Enrique!-gritó la madre del soplón-, no mates a mi hijo, por amor de Dios. Suéltalo por favor. Te lo suplico.

Lo soltó, pero no sin antes revolverle el cañón de revólver en la boca.

-No te hago tragar un par de tiros por tu madrecita-le dijo-. Eres un desgraciado. Mira cómo te mata el miedo, marica. Agradécele a la vieja que hoy no te mando al infierno. Si no me dejas en paz, te juro que la próxima vez no tendrás la suerte que tuviste hoy.

XI

Desde el día en que salió del cuartel con su fusil en las manos, Enrique Blanco llevaba ya tres años y medio corriendo y viviendo en la montaña. Una mañana del mes de agosto, él se pasó las manos por la cara y sintió que tenía la cara demacrada y las barbas duras. Bajó al río donde se rasuró con una navaja de barbero y, luego, se dio un baño en un charco profundo.

Un par de horas más tarde sintió hambre.

Mientras caminaba, a su paso encontró un palo de gina del que arrancó varias vainas y comprobó que eran dulces y jugosas. Notó que era ensordecedor el ruido que hacían las ciguas arroceras sobre las pencas de las palmeras.

Desde la altura del cerro había divisado el humo que salía de una cocina que estaba en medio de un conuco. Al acercarse, vio a un hombre con un sombrero negro ala ancha y que limpiaba los troncos de las matas de plátano y de yuca. Había, además, berenjena, un maíz pendoneando, habichuela, molondrón y ñame.

-Buenos días-saludó Enrique.

-¿Qué se le ofrece?-le preguntó el hombre pero sin mirar a la cara del extraño.

-¿Qué hay aquí de comer?

Fue entonces cuando el campesino decidió soltar la azada y prestar atención al visitante.

-Creí que estaba muerto-dijo el hombre.

-Sí-dijo Enrique, eso piensa todo el mundo.

-La guardia dice que usted es un peligro público. Hace poco por aquí pasaron los militares pidiéndonos que demos el aviso si de usted sabemos algo. Ya nos han advertido de que seríamos apresados si le damos a usted alguna ayuda.

-Veo que tiene algo en el fogón-dijo Enrique.

-Es una olla de víveres. Si espera, podría asarle un pedazo de carne. Creo que no le vendrá mal, pues lo va a poner a beber agua.

-No tengo dinero y necesito comprar algunas cosas. ¿Conoce usted a alguien que pudiera darme la mano?

-¿Por qué no conversa con don Anselmo Copelo, el administrador de la tabacalera.

-¿El italiano?

-Ese mismo. Dicen que es buena gente, de corazón sano y muy solidario con los campesinos. Además, él no está muy contento con el régimen.

-Ya lo intentaré a ver qué sucede.

XII

-Coronel, no sé qué pasa pero ese hombre tiene algo extraño.

-Lo raro es que ustedes no son más que unos cobardes. Es un mierda que ha puesto a todo el ejército con las patas hacia arriba.

-Jefe pero usted bien sabe que en Santiago lo cercamos, que hubo disparos y mucho movimientos, pero él desapareció. Nadie vio por donde salió ni a donde se metió. No estamos tratando con cosa buena, es como si fuera con el mismo demonio.

Las andanzas de Enrique iban creando un mito alrededor de él.

Ya tenía en gran zozobra a los mandos militares y la propio régimen del tirano Rafael Leónidas Trujillo.

-Su excelencia, hemos tenido algunos inconvenientes pero le aseguramos que en cualquier momento le daremos muy buenas noticias.

-¡Maldita sea! Parece que tengo un ejército lleno de pelagatos. ¿Cómo es posible que un pobre diablo como es ese ponga en vergüenza a mi régimen?

-Le pedimos excusas, su excelencia, y le prometemos que ya pronto acabaremos con esto.

-Oiga coronel, espero no me hablen más de esta vaina. Hagan lo que sea, pero ya no me traigan más cuentos. Si tienen que hacer temblar el cielo y la tierra, háganlo coño. Esa crápula se está convirtiendo en el héroe de los ignorantes. Según me han informado, las gentes le están dando comida, ropa, armas y hasta dinero. ¿No saben ustedes que eso es peligroso, que si no andamos con tiempo pronto podríamos tener un levantamiento? Desháganse de él, vivo o muerto. Díganle al pueblo que es un ladrón, un traidor, un malhechor, un delincuente, un asesino, un rebelde y una amenaza pública.

XIII

-Don Pedro y ¿cómo andan las cosas?

-Bueno Nicacio, ahora mismo hay mucha presión.

-Dicen que los jefes están molestos y que el general Trujillo está que vota chispas hasta por las narices.

-Enrique Blanco se le ha ido de las manos. Parece que está santiguado, pues se le ha escapado varias veces al ejército. Aunque le han tirado con fusiles y ametralladoras no le han podido hacer nada.

-Ya lleva cuatro años haciéndole frente al régimen.

-Como están las cosas, en este país deberían aparecer unos cuantos así, que le hagan frente a esta maldición. Trujillo no es más que un traicionero. Ahora tiene al Congreso y a la Iglesia bajos sus pies como si fueran unos mequetrefes.

“Imagínese, de haber sido un recluta en el ejército, ahora es el hombre más rico y poderoso que hay en el país, donde nada se escapa a su control y teniéndonos como si fuéramos sus esclavos y unos ignorantes. “Mire el caso de Ramfis, que por ser su hijo, con solo cuatro años de edad ya es coronel del ejército, mientras que hay guardias con años guayando la yuca sin que lleguen a ninguna parte. Eso es lo que se llama abuso y arbitrariedad”.

El hombre, después de cargar el cachimbo y soltar un escupitajo, se acomodó en la silla y prosiguió diciendo:

“Dizque de ahora en adelante la capital llevará su nombre. Nada está libre de su poder e influencia. Nos obligan a llevar una cédula, un carnet del partido y la tarjeta del servicio obligatorio. ¿De qué democracia del Diablo se puede hablar en este país cuando el único partido que hay es el del tirano?”

“Los congresistas no son más que unos bufones, que se han hecho los graciosos complaciendo la dictadura con el decreto que tilda como traidores de la Patria a los que el régimen de manera abusadora califica de enemigos.

“Y para tener mayor control, Trujillo ha llenado el país de chivatos, de compadres, de soplones, de lambones, de tumbapolvos, de ayudantes especiales y de sicarios. Quien menos usted piensa no es más que un traidor. Ahora mismo, si alguien no quiere amanecer con la boca llena de hormiga, pues lo mejor es que permanezca con la boca cerrada. La cosa está peligrosa”.

XIV

-Enrique no debiste matar a tu primo.

-Escúcheme tío, yo no quise hacerlo. El me obligó.

En la cocina, doña Ernestina atizaba la olla de víveres y un olor a chicharrón se había metido por todos los rincones.

-Tu bien sabes que aunque era el asistente del alcalde, él te consideró, pues nunca te denunció, manteniéndose como si nunca te hubiera visto.

-Sí, pero no sé qué le pasó ese día. Yo estaba bebiendo desde media tarde y parece que él pensó que yo estaba borracho, lo suficiente como para atraparme y llevarme al cuartel. Le pedí que se apartara, que no se metiera conmigo, pero de nada valió. Yo, incluso, me fui alejando, con la idea de irme. Cuando me vi sin opción, que ya estaba a punto de acorralarme, tuve que defenderme. Me dio pena, pero no pude hacer otra cosa. Así fue todo, tío.

Después del incidente, Delfín subió a la montaña para ver a Enrique.

“Mira esto”, le dijo a Enrique, mostrándole la portada del diario La Nación y que había comprado temprano en la mañana en el parque.

-Conque esta tenemos-dijo Enrique.

En la página principal, a cuatro columnas y tres pulgadas, apareció un retrato hablado acompañado de una historia sobre las andanzas del guardia fugitivo. El medio decía, además, que el régimen ofrecía una jugosa recompensa a quien diera informaciones sobre su paradero.

Fundamentado en los cables telegráficos, distribuidos por los mandos militares, el diario decía que Enrique Blanco había sido un desertor del

ejército, un peligro público por andar armado y que era un enemigo de la patria.

-Sin darte cuentas-dijo Delfín-, te has convertido en una leyenda.

-¿De dónde diablo habrán sacado todas estas mentiras? Sabes Delfín, ya no como ni duermo y estoy muy cansado. Me duelen mucho los pies.

-¿Y por qué no acabas con esto, Enrique?

-Otra vez tú con eso, Delfín. ¿Y cómo?

-Pues entregándote. Sé que te lo he dicho ya, pero es la mejor decisión. Así podrás volver a una vida normal. Te repito una vez más, tú no podrás contra un poder tan grande como Trujillo, con todo su ejército y los alcahuetes y agüizotes. Tú has tenido demasiado, pues perdiste la familia. No creo que esto valga la pena.

-Delfín, te agradezco que hayas venido y todo lo que haces por mí. Ahora vete.

Sentado sobre una piedra, Enrique volvió a mirar el periódico. Se fijó en la foto dibujada, releyó la historia y siguió hojeando más noticias de la época. A sólo unas cinco páginas de la portada, se tropezó con la información sobre la muerte de Desiderio Arias, un veterano general amigo del dictador Rafael Leónidas Trujillo Molina y con quien había complotado contra el presidente Horacio Vásquez. El tirano lo había mandado a buscar con un contingente militar a su residencia. El objeto era asesinarlo. El alto oficial se escondió en las montañas, pero el ejército, después de hacer averiguaciones, dio con él. Los militares, al mando del teniente Ludovino Fernández, lo acibillaron a tiros de revólver y fusil. No conforme con eso, Trujillo mandó que le cortaran la cabeza.

Al leer la historia, Enrique Blanco tuvo un presentimiento inquietante.

XV

-Coronel, tengo un plan para deshacernos del fugitivo.

-¿De qué se trata, mayor?

-Dentro de quince días el pueblo va a celebrar las patronales al santo San Miguel. Creo que esa es nuestra oportunidad, pues estoy seguro que Enrique estará ahí.

-¿Y quién hará el trabajo?

-Déjeme eso a mí, yo sé quién. No se preocupe, jefe. Ya lo verá.

Esa tarde, mientras entesaba el cuero de la tambora, Ramón Batero vio pararse frente a su casa el jeep Land Rover del ejército.

-Buenas tarde.

-¿Dígame a que se debe su honorable visita, comandante?-le preguntó la esposa del Señor Batero.

-Deseo hablar con su marido.

-Oh sí, adelante. Tome asiento. Ya se lo llamaré.

Mientras esperaba, el mayor Mateo contempló que en la sala habían varias imágenes de santos, un cuadro del Gran Poder de Dios, fotos de la familia, un sonajero colocado en el dintel de la puerta, la réplica de una güira colgada sobre la viga, varios almanaques Bristol de años anteriores y el retrato de la niña sacándose la espinita.

-Mayor hace mucho no le veía-le dijo Batero.

-Ya sabes usted, mucho trabajo en esta guardia.

-¿Para qué soy bueno, mayor?

-Quisiera hablar con usted pero a solas, si es posible. Ya sabes, asunto de extrema seguridad.

-Oh sí, venga. Creo que el mejor lugar es aquel mango.

Se pusieron de pie, tomaron dos sillas y se fueron al patio.

-Aquí está bien, ¿no le parece?-dijo Batero.

-Pues verá usted-dijo el mayor-, el ejército está interesado en la muerte de Enrique Blanco. Hasta ahora las cosas con él han resultado difíciles. Ya hemos intentado todo pero nada ha resultado. Trujillo está como el Diablo por lo que tenemos mucha presión. Esa es la razón por la cual estoy aquí.

-¿Pero y Qué pito toco yo en todo esto?

-Señor Batero, usted sabe que a Enrique le gustan mucho las fiestas. Mire, aquí está este revolver, guárdelo. Si usted logra cumplir con esta misión, el superior Gobierno le garantiza que no será incriminado, le dará protección personal junto a su familia, un gran reconocimiento y, además, una jugosa recompensa. De antemano me comprometí y le dije a los superiores que usted era el hombre clave. Así que no me defraude, tampoco al señor Presidente de la República.

No habían pasado muchos días cuando el plan se filtró. Batero lo contó a su esposa y ella a otra persona hasta que el asunto llegó a los oídos de Delfín, quien, sin pérdida de tiempo, lo hizo saber a Enrique Blanco. Cuando faltaba una semana para la celebración de la fiesta, Ignacio Batero, hermano del tamborero Batero, apareció muerto a orilla del camino real. Le habían encontrado con una cuchilla atravesada en la garganta. El crimen espantó a Batero, el tamborero.

-Mayor-dijo Batero-, lo siento, pero no puedo hacer lo que usted me ha pedido.

-No me diga que hasta usted también se ha metido en miedo-dijo el mayor Mateo.

-Mire, ya perdí a mi hermano, creo que es suficiente. No quiero más problemas. Enrique es peligroso, y son ustedes, los guardias y el Gobierno, quienes deben detenerlo. No un pobre diablo como yo.

XVI

El domingo había amanecido cerrado en agua. Los goterones se oían con fuerza sobre las hojas de los árboles y las bandadas de cuervos graznaban y saltaban sobre las palmeras. Desde el interior de la cueva, Enrique Blanco vio cómo se había deslizado un chorro de agua por la entrada, arrastrando turrónes de tierra junto a varias hojas secas. No parecía que el tiempo amainaría.

En la humedad triste y pesada, pensó en Margarita. Del macuto sacó una pluma, desprendió una hoja del cuaderno y empezó a escribir.

"Margarita, hace mucho no sé de ti. Espero no me hayas olvidado. No tengo la culpa de esto. Había querido que un día estuviéramos juntos. Nunca imaginé este infierno. Como tu bien sabe, lo he perdido todo. Ya no tengo familia. El viernes cumpliré mi madre un año más de haber muerto. Te pido, por favor, que vayas a su tumba y le pongas flores y le diga que la extraño, que pienso en ella a cada instante y que deseo descanse en paz. Cuéntale que hace poco soñé con ella y que la vi triste.

"Margarita, para mí las noches y los días son difíciles, pues vivo como un perro en los montes. Me acuesto, pero no duermo: siento pasos, oigo voces y vivo creyendo que la mano de alguien caerá sobre mí. Sólo Dios sabe por lo que estoy pasando.

"Aunque espero que esto pronto termine. Reza por mí, te lo suplico".

XVII

-Delfín, hágame el favor de decirle a Enrique que mi mujer le va a preparar una comida como a él le gusta.

-¿Eso es para cuándo, don Ramón?

-Para el martes, después del mediodía. Dígale que hace mucho no lo veo, que tengo deseo de compartir con él.

Esa misma tarde, Ramón visitó el cuartel general.

-Coronel, todo está listo. Asegúrese que sus hombres estén bien ubicados. El nunca me falla. Le gusta el sancocho que hace Lucrecia. En lo que ustedes se preparan, lo voy a entretener con un par de botellitas de ron de caña.

La tarde iba cayendo, las nubes eran una sola cosa de lumbre y un pájaro bobo cantaba entre las frondas de un naranjo.

-Ramón, es raro que Enrique no haya llegado-dijo Lucrecia.

-El desgraciado es culebro.

-¿Habrá sospechado algo?

-No, no lo creo. No te preocupes, tapa eso y guárdalo. Ya veremos qué pasa.

El sábado en la tarde, cuando se escuchaba el sonido de unos truenos remotos, Enrique apareció. Sobre el fogón, unas brasas de color rojizo seguían vivas. Colgado de uno de los estantes de la cocina, un colador de tela dejaba escapar los chorritos de café que caían sobre un jarro de peltre.

-Buena tarde, amigo Mon.

-¡Enrique! Pero que sorpresa. El martes estuvimos esperándote.

-Me fue difícil venir, pero ya estoy aquí. Amigo Mon, usted sabe que debo andar con mucho cuidado. Los traidores están por todas partes, donde menos uno puede imaginarse.

Esa noche, después de comer y cuando las luces de las luciérnagas iban y venían en el patio, Enrique dijo:

-Dormiré en la enramada, Mon. Ya está muy oscuro. No creo que sea conveniente que me vaya así.

-Despreocúpate y acomódate, aquí estará seguro. Esta es siempre tu casa.

Metido en el soberado, Enrique improvisó una cama con ensartes de tabaco y se acostó boca abajo.

Un tiempo más tarde, raneando por las plantaciones y tomando precaución, Ramón se fue en dirección al cuartel general del ejército.

-Coronel, el pájaro ya está metido en la jaula.

Portando fusiles, carabinas y revólveres, varios guardias cercaron todas las inmediaciones de la enramada, cuidándose de no hacer ruido al tropezar con las hojas de los plátanos, el tabaco y la malanga.

Enrique Blanco, advertido por una punzante corazonada, había mantenido los ojos abiertos y los oídos bien aguzados. De pronto, por entre la espesa oscuridad divisó la luz de un cigarro en la boca de alguien. Entonces sacó el revólver, cerró con fuerza el ojo izquierdo y apuntó con la mirilla hacia la lumbre. Al tirar del gatillo escuchó que un hombre se había desplomado al suelo, retorciendo y dando gritos de dolor.

Espantados y confundidos por el repentino y certero disparo, los guardias empezaron a correr de manera despavorida por entre los sembrados.

Al descender, Enrique comprobó que el muerto había sido su amigo Mon. Tenía la boca destrozada y el cigarro empapado en un charco de sangre.

Días después, un jueves en la mañana, vestido de negro y con un sombrero de fieltro, Enrique atravesó el parque donde observó a la vendedora de té, al betunero y a las palomas que sobrevolaban por entre las frondas de los árboles y los edificios.

Sin hacer caso a los pedigüños, entró a la iglesia por una de las puertas laterales. Al pasar por la nave central, encontró a las ancianas que rezaban con las mantillas blancas en la cabeza y con las camándulas enrolladas en los dedos como si fueran culebras.

Mientras se dirigía al confesionario, en el fondo del altar, él contempló la imagen del Cristo crucificado, la mesa de paño blanco con los elementos de la hostia y varios cirios encendidos. .

-Padre-le dijo al cura-, necesito su ayuda.

-¡Enrique!-le contestó el padre sorprendido.

-Me siento muy mal.

-Hijo mío, ponte en paz con Dios-le recomendó el cura-. Limpia tu alma y conciencia de todo pecado.

-Estoy perdido, padre.

-Mira, el odio no es bueno. ¿Por qué no te entregas? Si quieres yo te acompaño. Eso podría ser lo mejor para ti. Si la iglesia interviene nadie te hará daño. Te lo aseguro.

-Lo siento, padre. No creo que sea buena idea.

-Enrique, tú no tienes más opción. Entiéndelo, por amor de Dios.

-Padre, écheme su bendición.

Al regresar por el interior del templo, el fugitivo sintió el olor de las velas de sacrificio y del sahumerio colocado en el altar mayor.

Por un instante se detuvo y miró a una de las ancianitas.

-Mamá-le dijo-rece por Enrique Blanco.

XVIII

En el Cajuil, todo estaba listo para la celebración de la fiesta que todos los años la comunidad celebraba al patrón San Miguel.

-Enrique no te arriesgue.

-Fermín, no te preocupe, sé cómo hacerlo.

-El ejército ha reactivado la búsqueda, los jefes tienen mucha presión del Presidente y el servicio secreto está requisando todos los rincones de la zona; por los caminos detienen a las gentes, les hacen preguntas sobre ti, que si no te han visto, que si te han dado ayuda y que si han oído algo.

Olvida el vicio, refrénate, que no es tiempo para estar arriesgándote.

Los argumentos de Fermín fueron inútiles.

A pocos minutos de haber entrado al burdel, uno de los esbirros que logró reconocerlo cuando se sentó en la cabecera de una mesa a ingerir ron de caña, de manera inmediata y con mucho sigilo abandonó el lugar. Entrada la madrugada, y habiendo ya perdido el control sobre sí mismo, Enrique se paró en medio del salón de baile con el revólver calibre 38 en la mano.

Los parroquianos que no se marcharon, decidieron ponerse a un lado. Obnubilado, de pronto Enrique haló del gatillo y derribó de un tiro a una matrona de la comunidad.

Al recibir el informe que dieron el fiscal y el médico legista, los mandos militares se espantaron.

-Mayor, búsquese a alguien que haga el trabajo.

-Me han hablado del sargento Berto, señor. Dicen que es un hombre duro, que en San Cristóbal acabó con todos los ladrones y con los cuatros.

-No pierda más tiempo. Mándelo a buscar y dígame que acabe con esta vaina. Tiempo hace que esto debió terminar. Debemos evitar que el Presidente nos mande al carajo.

Sobre caballos, portando fusiles, revólveres, carabinas y esposas, el sargento y sus hombres se desplazaron por el norte.

Por el camino de Jaba llegaron a una casa donde interrogaron a un hombre que estaba sentado bajo un almendro al sol de mediodía.

-Señor, ¿ha visto usted a Enrique Blanco por aquí?

-Líbreme Dios, mi jefe-respondió al tiempo de levantar la mano y persignarse.

Al llegar al río, los hombres se desmontaron, bebieron agua y se enchumbaron la cabeza para espantar el calor. Ante el chapaletazo, dos perdices y una lechuza se espantaron y emprendieron el vuelo en dirección contraria a las corrientes del agua.

-¡La maldita es negra!-dijo un guardia mientras sostenía un garrote en la mano derecha.

Ante el azoramiento, los demás se acercaron para ver el reptil enrollado en el palo. Uno intentó traspasarla con la bayoneta, pero el sargento se lo impidió.

-¡Déjala!-le ordenó-. Es a un criminal que andamos buscando, no a un pobre animal.

Cuando estuvieron a punto de entrar al pueblo, el sargento dijo a sus hombres:

-Pongamos mucha atención y fijémonos bien en las caras. A lo mejor Dios nos pone al maldito en el mismo camino.

XIX

-Virgilio, esta noche daremos el golpe. Después de las doce, cuando sólo esté despierto el centinela del cuartel.

-Enrique, todos los hombres ya están listos-dijo Virgilio.

-Recuerda que deben cortar la comunicación con la fortaleza de Puerto Plata.

-De eso me encargo yo. Despreocúpate. Tenemos de nuestra parte al alcalde.

Esa noche, sobre la superficie de las aguas de los arroyos relumbraban las estrellas y la inmensidad de una luna que ya se mostraba llena y redonda. Antes de llegar al destacamento, los hombres se detuvieron y amarraron las bestias al tronco de los árboles.

-Ustedes entrarán por el frente-dijo Enrique- y yo por el costado.

El canto de los grillos y de las chicharras se había escuchado por entre las hojas.

El salón principal del destacamento había sido iluminado por una lámpara de gas kerosene cuyo humo había ennegrecido el techo y los estantes.

El centinela, que tenía la mitad de la cara cubierta con el quepis, había permanecido sentado a la entrada del cuartel con la culata de la carabina descansando en el suelo y la punta entre las manos. Los hombres se aseguraron de vigilarlo.

Al penetrar por la parte trasera, Enrique vio al sargento Berto tumbado boca arriba sobre un catre de campaña color verde olivo. El sargento dormía a fondo, emitiendo ronquidos estruendosos como un animal.

El intruso sacó el revólver calibre 38 y le apuntó en la parte baja.

-¡Desgraciado!-gritó el sargento al sentir el tiro cuando le perforó la pierna izquierda.

-¿Qué tal come hombre?-le preguntó Enrique con el arma montada hacia la frente-. No dizque tú me andabas buscando, pues aquí me tienes.

El sargento intentó alcanzar la pistola que había puesto dentro de la gaveta de una mesita próxima al catre pero recibió otro disparo. Esta vez, en medio de la cara.

La llegar la claridad del día, la noticia estremeció al cuartel general.

-Mayor, le pido atrapar a todos los implicados en este crimen.

-Ya tenemos buena pista, mi jefe. Encontramos la cédula de un tal Virgilio. Estaba justamente donde cortaron la alambrada. De seguro que cantará cuando lo apretemos.

En Puerto Plata, los oficiales entraban y salían precipitadamente al cuartel general. Estaban picados por la desesperación.

-¿Qué ha hecho usted capitán Fermín?

-Le estoy cerrando el cerco a Enrique, mi coronel. A los que quedaban de la familia, los he apresado y fusilado. Me hablaron de un barbero muy amigo suyo. Pero le dije a uno de mis hombres que le diera cinco tiros. Ya no tiene donde recortarse.

"Ayer nos metimos en varias casas y advertimos que apresaríamos a todo el que le de ayuda. Y echamos a los perros la comida que encontramos tapada en las cocinas.

"También trancamos a quienes le dieron dinero. Ha sido tal la presión, mi coronel, que Ramón Burgos, uno de sus grandes amigos, prefirió suicidarse antes que ser atrapado. También me acosté con la querida de Enrique. Ella me dio buenas informaciones.

-El capitán Rafael Barreras se atrevió a escribirle una carta al Presidente defendiendo a Enrique. No sólo dijo que era inocente, sino que renunció al ejército indignado. Ya entregó el uniforme.

-Hay traidores entre nosotros mismos. Cuídese.

XX

En el silencio de la noche, acostado sobre trapos podridos y pilas de papeles amarillentos, Enrique Blanco había estado intentado dormir. Pero los mosquitos, los mayes, los jejenes y la angustia no le habían dado tregua.

Con la cabeza sobre el macuto, cada vez que intentaba cerrar los ojos, soñaba con su madre. Mientras meditaba, se desprendió del cuello el relicario de la Virgen que su madre le había dado con la orden de que se lo quitara solo para echarse al río. Pero por vez primera, notó que era una imagen triste y desaliñada. Las comisuras labiales tenían un giro en declive, los párpados estaban triangulados y las cejas, levantadas en las extremidades, formaron unos surcos de arrugas en forma vertical.

Entonces, se sentó sobre una piedra y sacó el revólver calibre 38, liberó el tambor y se había asegurado de que dentro estuvieran los proyectiles de cobre y de plomo.

En ese instante, le llegaron ráfagas dispersas de su existencia, desde cuando tuvo uso de razón y hasta el mismo momento en que se encontraba.

Recordó el hábito de chuparse el dedo, la promesa que le hizo hacer su madre a la Virgen en la iglesia, las palizas que sufrió por los pleitos provocados, el día en que estuvo a punto de ahogarse en la laguna, a su inolvidable perro Negrito, al niño que por comer tierra había visto en el ataúd, las cornadas que le dio la vaca Voladora y el hombre que murió con los ojos abotagados y las manos extendidas hacia el cielo raso.

Al día siguiente, cuando la luz tibia del amanecer se había cernido sobre los árboles, un gran murmullo se produjo en el cuartel general.

En el salón principal, altos mandos militares se habían reunido con Delfín Álvarez.

-Lo mandamos a buscar-dijo el coronel- porque deseamos que usted nos cuente, qué fue lo que pasó realmente con Enrique.

-El quería verme-le dijo.

-¿Exactamente cuándo?

-Ayer.

-¿Cómo estaba él?

-En verdad lo noté raro. Estaba inquieto, tembloroso, transido, con el cabello descompuesto y la mirada triste y perdida. Noté que ya tenía varios días sin comer y sin dormir.

-¿Y qué le expresó él?

-Pues que estaba cansado, adolorido, abrumado y que le dolían mucho los pies. Yo trataba de calmarlo, de darle aliento y de hacerlo entrar en razón pero él insistía en que estaba harto de todo, que se sentía acorralado y sin salida.

-¿Qué percibió usted?

-Al decir verdad, le vi la muerte pintada en la cara, pues ya no tenía ánimo de nada y estaba muy deprimido. Hacía tiempo que ya no salía del escondite. Sabía que la guardia y los agentes secretos estaban por todas partes. Esto ocurrió desde la llegada del capitán Andújar.

“El me dijo:

-Delfín, te voy a pedir un favor. Sé que es algo difícil para ti, pero eres mi mejor amigo. Te lo suplico en el alma. Así será mejor para mí. Me voy a matar, y cuando lo haga, toma el cuchillo y el revólver y baja al pueblo; dile a las gentes y al ejército que tú me mataste. Te darán una recompensa. Cógela y no te preocupes.

"Yo le dije que no podía hacer eso, que no pensara en esa locura, que mejor se rindiera, que yo le buscaría al cura del pueblo para que fuera garante y que las cosas podían cambiar. Pero no me escuchó.

"Se sentó sobre una piedra, se puso la mano derecha debajo de la barbilla y miró por un instante la salida de la cueva. Parecía traspuesto, como si estuviera viendo algo del más allá".

Con las miradas de los altos oficiales clavadas sobre él, Fermín tomó pausa y se tomó un sorbo de café. Luego, aturdido siguió diciendo:

-Yo presentía que algo malo iba a ocurrir, pues vi cómo se transformó.

Sus ojos brillaron como fuego, las manos le temblaban y lágrimas copiosas le bañaron el rostro. Luego, agarró el macuto, sacó el revólver, se puso el cañón en el lado derecho de la cara y tiró del gatillo. Fue terrible. Los sesos le brotaron y un chorro de sangre a presión empezó a manarle. Mientras lo observaba, tragué en seco, me manó un sudor frío y me tembló la mandíbula cuando le vi los ojos brotados. Yo salí corriendo al escuchar la detonación y al ver el cuerpo retorciéndose de dolor.

"Llegué a la casa del alcalde y le dije:

-Don Pedro acabo de matar a Enrique Blanco.

"El hizo que lo acompañara hasta la cueva. Pero cuando miró el cadáver y lo verificó me dijo que yo no lo había hecho.

"Insistí en que yo mismo lo había matado. Pero el alcalde me dijo que el muerto tenía un solo tiro en la cabeza y que Enrique no era hombre de asegurarse con un solo disparo. Fue entonces cuando cambié la versión y le conté la verdad.

"Eso mismo le digo hoy a ustedes".

XXI

-Su excelencia, vengo a informarle que hemos matado a Enrique Blanco.

-Ya era tiempo, carajo. Así es como deben acabar los traidores al Gobierno y a la patria. Estoy hoy que celebrarlo. A todos los militares que participaron en tan exitosa misión, salúdelos de mi parte y póngalos en lista de ascensos. Deles a todos mi reconocimiento. Dígales que el país está altamente agradecido y orgulloso de su desempeño. Y desháganse de los restos de la forma más humillante y vergonzosa posible y que esta noticia llegue a oídos de todos los ciudadanos, que sea un ejemplo claro para los posibles traidores.

A las pocas horas de darle la noticia al general Rafael Leónidas Trujillo, un batallón del ejército subió a la montaña acompañado por altos oficiales, el médico legista y un juez instructor.

En el informe oficial se había indicado que en el lugar del hecho apareció un macuto, un puñal, una linterna, una rasuradora, una gorra azul, dos resguardos y cuatro amuletos. Al examinar el cuerpo sobre el suelo teñido de sangre, el legista observó que Enrique había tenido dos camisas y dos

pantalones, y que la ropa interior estaba al revés. Notó, además, que en la mano izquierda tenía empuñado un relicario.

Con el muerto montado sobre una litera, los militares empezaron el descenso hacia la fortaleza.

Durante toda la noche los perros no cesaron de aullar, en el cuartel nadie podía dormir y una brisa fría movía las hojas de los árboles, produciendo un chirrido molesto.

-Entonces, ¿qué haremos mañana, jefe?

-Mañana será un gran día, capitán. Asegúrenlo donde está, que los centinelas no le quiten los ojos. Han dicho tantas cosas de esa fiera que ya uno ni sabe.

Antes de que el alba irrumpiera en el horizonte, una procesión de fieles había entrado a la iglesia para la devoción matutina, el padre Pablo cambió las velas y los velones de sacrificio, saludó a las ancianas y se arrodilló ante el Cristo crucificado que estaba en el altar mayor. Y en una esquina del parque, bajo la luz tenue de la farola, una vendedora plantó su mesa de té y de café.

En su despacho, y con los pies entrecruzados sobre el escritorio, el coronel había permanecido adormilado en el sillón. Al mirar el reloj, comprobó que ya eran las seis de la mañana. Fue entonces cuando se puso de pie.

-Mano a la obra, capitán-dijo.

-¿Cómo lo haremos, jefe?-preguntó el oficial subalterno.

-Sencillo, pongan al muerto en la parte trasera de la camioneta, sobre un banco de madera y que dos guardias lo sostengan. Vamos a pasarlo por el pueblo, para que la gente vea que no está vivo y que no era lo que se creía. A nadie debe quedarle la menor duda.

Al salir del cuartel con el cuerpo inerte, una enorme hilera de hombres, mujeres y niños se había extendido a lo largo de los andenes de las calles. El muerto, con un lado de cara hinchado, la tez lívida, el cabello hecho pegotes de sangre, los ojos brotados, la nariz y la boca manando un líquido verdoso y la ropa hecha piltrafa, llevaba el rostro inclinado hacia el pecho.

Apostadas en las aceras, en los balcones y puertas de las casas, sobre los árboles de las orillas y en las azoteas, las gentes miraban con horror mordiente la escena. Al pasar con el acribillado, algunos se habían persignado.

Con la intención de mantener el orden, un batallón de militares, fuertemente armado, miraba con cautela a la multitud.

-¡Por amor de Dios!-gritó una señora entre la muchedumbre-, ya no abusen tanto. Le molestó ver como uno de los militares le había dado una bofetada al muerto en la cara.

Al llegar a la avenida central, la caravana se había hecho mucho más grande. Los curiosos estaban atónitos y asombrados ante lo que había sido una leyenda.

Molesto por el hedor que ya iba saliendo del cuerpo, y cuando apenas quedaban unos minúsculos rayos de luz en el horizonte, el coronel ordenó detener la marcha.

-Vamos a enterrarlo.

-¿Dónde, jefe?-preguntó el mayor.

-Aquí mismo-contestó el coronel.

En medio de la carretera, el alto oficial ordenó cavar un hoyo.

-Este es el mejor lugar-afirmó el coronel- El pueblo podrá pisarlo.

Un polvo caliente y seco subía cada vez que los picos golpeaban el suelo.

Cuando el hoyo estuvo terminado, cuatro militares agarraron el cadáver en estado de putrefacción y lo arrojaron hacia el fondo.

-Se acabó maldito-dijo el coronel-. Creo que para pichón mucho volaste. Alguien debió hacerte saber que con la guardia no se puede nunca jugar.

-Ya tápenlo, coño.

Sobre el cuerpo, que había quedado boca arriba, de pronto una lluvia de tierra amarillenta y mezclada con piedras caliza empezó a caerle encima.

Más tarde, uno de los curiosos cortó dos pedazos de palos secos y armó una cruz que sembró en el montículo, justamente por donde había quedado la cabeza.

Fin

Santo Domingo,

Diciembre 2015.

S.S.